

yectos, desarróllalos para que pueda dar sobre ellos una opinión acertada.

—Da de comer á mi tropa y después hablaremos.

El gangaso y los compañeros se frotaron las manos de satisfacción.

Doña Canuta les indicó el *comedor* donde se precipitaron con avidez.

—Señora, dijo Don Serafín, me han quebrado una costilla.

—¿Una costilla? exclamó la señora de Fajardo.

—Sí, una costilla.

—No diga usted más, algún juarista, eso se deja entender fácilmente, estará usted herido de lanza.

—No, de regadera, dijo Don Serafín.

—¿De regadera? ¿pues quién le regó á usted las costillas?

—Un maldito portero; pero ese es cuento largo y lo dejo para otro día.

—La tropa está sola y necesito avivar su espíritu, acompañeme usted al comedor.

Doña Canuta se presentó en el vivac doméstico y comenzó á arengar á aquellos *famélicos*, que la aplaudían á reventar; como que su vino le costaba.

—Mi esposa tiene un talento grande.

—Como su nariz, dijo por lo bajo el gangoso.

—El coronel es un valiente, gritó uno de la comparsa, se ha portado como un héroe en el combate de *Minería*.

—¿Conque ha combatido con la mineralogía? esto es horrible, la diplomacia batiendo á las ciencias exactas, gritó Doña Canuta.

—No, dijo Fajardo, yo no atentaré contra las ciencias ni las artes, esto sería inmoral. La *geodecia* es muy respetable; pero cuando se insulta tengo que defenderme, no es valor, es serenidad, es conciencia de defender mis derechos de súbdito y de hombre libre.

—Sólo tuvimos un contuso, añadió el gangoso que entraba en la penumbra de la ebriedad.

—Es necesario que tu despacho sea revalidado por el nuevo gobierno, yo creo que alguna condecoración merecen los valientes, yo, como tu esposa y partícipe de tus glorias debo aconsejártelo.

VII

—Siguió la comida, y sobre todo el aniquilamiento de la despensa.

—Ya es hora dijo el señor Fajardo, tomemos posiciones, el

repique continúa, acaso el enemigo nos acecha ¡á las armas!

—¿Que armas? preguntó Doña Canuta.

—Mientras que el gobierno las proporciona, le daré á mi tropa el espadín que usaba mi tío el coronel, y la pistola dragona que me ha dejado en depósito el guarda de garita, así tenemos armas blanca y de fuego. ¡Alerta señores!

—Nadie se movió de su asiento, todos estaban dormidos, en cuanto al gangoso yacía debajo de la mesa completamente ebrio.

—Si ahora se ofreciera un lance; buena la haríamos.

—Tú tienes la culpa con haberles proporcionado una ración de vino tan exorbitante, dijo Doña Canuta.

—Querida esposa, es la misma ración que tú acostumbras y jamás te has atarantado.

—Don Serafín, ruego á usted acompañe á mi esposa, y ambos desempaqueten mi uniforme de la legación, que durante el funesto gobierno de Juárez ha estado en receso.

—La borla del *bericú* la tomé para un peinado.

—Mujer me privas de la borla que es lo más importante de mi traje, yo la supliré que hay muchos recursos en la diplomacia.

—Acepillas el pantalón sin ir á chafar el oro de la franja, sacudes la pluma del gorro montado, y limpias hasta poner como un espejo los botones de la casaca; el bastón no se te olvide.

—Bien, dijo Doña Canuta, todo se hará; te quiero ver como un ascua de oro; en cuanto á mi traje quiero darte una sorpresa.

—Gasta, mujer, gasta cuanto quieras, y añadió por lo bajo, yo le pasaré la cuenta á la *intervención*.

CAPITULO QUINTO.

LA PRIMERA VÍCTIMA.

I.

Estamos en un gabinete primorosamente ajuareado.

Un confidente vestido de brocatel blanco y con franjas color de granate, forma el centro de aquella cámara.

Dos sillones y media docena de sillas colocadas simétricamente ocupan el aposento.

—Una consola de mármol y rosa con un espejo magnífico,

está colocada en medio de dos ventanas que dan á un jardín, y de cuyas goteras se desprenden algunas cortinas de encaje y brocatel que se van á apoyar sobre dos clavos de flores y de cristal.

Sobre la consola hay dos jarrones de restauración pompeyana, sosteniendo ramos de flores naturales, cuya esencia embalsama la estancia.

Un velador que representa paisajes de la Suiza, está colocado en una mesita china que se halla frente al sofá.

En las paredes hay unos cuadros con grabados magníficos. En uno representa á Torcuato Tasso en la corte de Ferrera leyendo su "Jerusalem libertada;" y el otro el último pensamiento de Weber, en que se halla el compositor en los momentos sublimes de la inspiración, rodeado de esas imágenes; bellísimos ensueños de un cerebro privilegiado, sublimes concepciones en la óptica de una imaginación abrillantada.

Bajo esos cuadros había otros pequeñitos, uno con la erupción del Vesubio, y otro con una de las caídas del Niágara.

Unos pebeteros ardiendo en un brasero de plata, confundía su olor con el de las rosas.

Todo respiraba encanto y espiritualismo.

Luz era la tórtola que lloraba su abandono en aquel nido de amores.

Aquella pobre niña, reclinada en el confidente y abandonada al silencio de sus contemplaciones, era ajena á cuanto pasaba en su derredor.

Su pensamiento estaba fijo en una sola imagen, en la de Eduardo, su corazón latía por un solo sentimiento, su primer amor!

La afición hacía más interesante aquella dulce y simpática fisonomía.

Una palidez mortal bañaba aquella frente purísima, sus ojos tenían el brillo intenso de las lágrimas, y sus labios la calentura del llanto.

Aquella infeliz criatura estaba mortalmente affigida.

Apoyaba su cabeza en su mano de marfil que se perdía entre el oro de sus cabellos, tenía en la otra un relicario donde su mirada constantemente se fijaba.

Aquel relicario contenía el retrato de Eduardo.

La noble fisonomía del guerrillero, su altiva frente, su mirada atrevida, su apostura arrogante, todo traía á la imaginación de la joven la realidad del hombre de su amor.

La tarde caía en el seno de la noche.

El crepúsculo vespertino se extendía como una gasa sobre el cielo de la ciudad.

Las nubes se desvanecieron al suavísimo soplo de la brisa

y las últimas ráfagas de la luz se apagaban lentamente en el horizonte.

Se oía á lo lejos ese vago murmullo de la gente, como el aleteo de una colmena.

Rumores y luz, todo se perdió entre las sombras de la noche.

La enamorada joven había cerrado sus ojos para entrar en ese mundo de amores en que el pensamiento vuelve ángeles todas las imágenes del corazón.

Las ráfagas del viento le traían las últimas armonías de las músicas militares en la hora aciaga de la despedida.

Veía á sus pies á Eduardo jurándole su amor, el acento trémulo y dolorido del guerrillero resonaba aún en el fondo de su alma.

La joven lanzó un profundo suspiro y dos lágrimas corrieron á lo largo de sus blondas pestañas.

Escondió su cabeza virginal entre los almohadones del confidente y lloró como una tórtola en el nido abandonado.

IV.

Dos golpecitos dados con suavidad en los cristales la sacaron de su letargo.

—Entra, Clara, dijo con voz casi imperceptible.

Abriéronse las cortinas y apareció la bellísima figura de Clara.

Luz encendió el quinqué.

Las dos amigas se abrazaron y sus labios se unieron en un dulce beso, como dos claveles al soplo de la brisa.

—Nada nuevo, dijo Clara.

—No, amiga mía, estoy desesperada, corre el rumor de algunas desgracias habidas en el Monte de las Cruces, y estoy horriblemente inquieta.

El nombre de Eduardo no se deja oír en esa relación, ya hubieran pregonado como un triunfo su muerte, no temas Dios está con tu amor.

Clara arreglaba los cabellos de la joven, acariciándola.

—He leído hoy, dijo Luz, todas mis cartas, las cartas de dos años de cariño.

Su confidente se sonrió con malicia.

—Me es grato, prosiguió la joven, recorrer esos renglones que me aseguran su amor.....Si vieras qué bueno es Eduardo, qué valiente, le amo con tanto entusiasmo he sufrido mucho Clara mía, estos repiques me han puesto de un humor atroz, la llegada de los franceses me tiene preocupada dolorosamente.

Mis padres están alegres y temo que quieran hacerme concurrir á las fiestas que se preparan para la recepción.

—Tú estás verdaderamente enferma y puedes excusarte, repuso Clara con visibles muestras de fastidio, además que nadie se divierte contra su voluntad, esto es una tiranía.

—Además, dijo Luz, ese Don Serafín es mi pesadilla, mi mamá se ha empeñado en que le ame y yo le aborrezco.

—Nunca hablaste á Eduardo sobre ese particular?

—¡Dios me libre! dijo la joven; yo conozco el carácter de Eduardo, y ya hubiera estrangulado á ese infeliz.

—Poco se perdía, observó Clara.

—Pues con ese poco quieren que yo me case.

—Figúrate, que pretende descender de no sé qué personaje de una comedia, asegura que es noble, que tiene pergaminos y no sé cuantas ridiculezas.

—Lo del título es lo que cautiva á mamá.

—Ese hombre es un majadero completo, dijo Clara. A tí no te merece más que el señor coronel Fernández.

—Siempre estás de broma, querida mía, dijo Luz estrechando á Clara, que le pagó su abrazo con un beso en la frente.

—Alguna vez, continuó Clara, pasará esta situación y entonces nos retribuimos de estos malos ratos. He oído decir que esto no puede subsistir.

—Ojalá, dijo Luz, tengo muy pocas esperanzas, aún no comienza el nuevo gobierno.

III.

—Señorita, dijo una criada, perdonen ustedes que entre sin avisar, pero hay un hombre en la puerta que dice necesita entregar á usted en propia mano una carta.

—¡Dios mío! exclamó Luz, ¿qué haremos?

—Muchacha, dijo Clara, has entrar á ese hombre de manera que no sea visto de nadie, y le arrojó á la camarista una bolsa de seda llena de monedas.

—Al momento, dijo la criada, y desapareció.

El corazón de Luz latía violentamente.

Las dos amigas se quedaron en silencio conteniendo la respiración.

Después de algunos momentos oyeron ruido de pasos que se acercaban á la alcoba.

Las cortinas se abrieron y apareció Don Serafín.

—Muy buenas noches, señoritas, dijo con voz meliflua y acaramelada.

—¡Somos perdidas! exclamó Luz.

—Adentro, Don Serafín, respondió Clara, que conservaba toda su sangre fría.

—Vengo, dijo Don Serafín, á pasar algunas horas con ustedes; es tan agradable su conversación, que no me dispense de ella por nada.

—Yo estoy algo enferma, un dolor de cabeza comienza á molestarme, dijo Luz.

—Soy capaz si ustedes me lo permiten de ir á buscar un frasquito de esencias para ese malestar.

—Vaya usted, dijo Clara, vaya usted, no he visto nunca un joven más galante.

—No, no es galantería me creo obligado de hacerlo; y saludando profundamente salió de la habitación.

—Respiro, dijo Luz.

—Es un contratiempo horrible, y ese hombre no parece.

Las cortinas volvieron á levantarse.

Se presentó un soldado disfrazado de *ranchero*, con su *cuera* completa y envuelto en un *jorongo*.

Quitóse el sombrero, y sacó de entre el forro un papel que entregó á Clara, ó más bien que ésta arrebató de su mano.

A pesar de la alfombra, se notó perfectamente que alguien se acercaba.

—¡Don Serafín! dijo Clara, y empujando al correo tras las cortinas de la ventana, se sentó tranquila á esperar al infortunio, no sin advertir á aquel desgraciado Mercurio que no se moviese ni respirase:

IV.

—No he tardado, dijo Don Serafín, aquí está la esencia

—Luz se empeora por momentos, replicó Clara, desearía el reposo, el silencio.

—Pues hablemos piano, pianísimos, respondió el petulante Serafín, y se arrellanó en unos de los sillones.

El correo estaba en un potro.

Clara y Luz guardaron silencio para ahuyentar al importuno pretendiente.

Después de un momento, Clara dijo á su amiga:

—Antes de dormir, ve este papel que nos escribe una amiga de colegio.

Luz comprendió perfectamente, tomó el papel, y acercándose al quinque, dijo á Don Serafín:

—Con permiso de usted.

—Usted lo tiene, bellísima señorita.

El correo se rascó una oreja.

Desdobló la carta y leyó para sí: "Concede libre y seguro pasaporte al soldado Estanislao Luna para.....y cesó de leer, comprendió que el correo había entregado un pasaporte an-

tiguo en vez de la carta.

—Mira, dijo á su amiga.

Clara leyó el pasaporte y no pudo contener la risa á pesar del estado de angustia en que se hallaba.

El correo estaba en ascuas.

—Es atroz esta jaqueca, dijo Luz, las sienes se me revientan y toda la casa se me anda.

—Son terribles esos dolores nerviosos, replicó Don Serafin, lo siento sobremanera, pues no puedo dar á ustedes todas las noticias del día.

—Ya mi querida señora Doña Canuta está haciendo preparativos admirables para la recepción.

—El gobierno se inaugurará fuerte, terrible; cuanto republicano caiga en sus manos será pasado irremisiblemente por las armas.

El correo sudaba á mares.

—Es buena táctica, respondió Clara; yo creo que los republicanos harán lo mismo con los intervencionistas.

—En cuanto á eso estamos tranquilos, tenemos un ejército de eurenta mil hombres y no se atreverán á pararseles delante.

—Ya sabe usted nuestro programa, aniquilamiento total de esos bandidos.

El correo pisaba fuego.

—No se descuiden ustedes, repuso Clara disimulando su enojo, puede volverse en contra su programa.

—¡La Europa nos apoya, toda la Europa! ¡la Europa entera! Ya ven ustedes cómo ha enviado sus escuadras y sus cañones; el general Forey está al frente de la capital, mañana hará su solemne entrada y se alojará en el palacio de Moctezuma; mandará cerrar las puertas de la ciudad para que nadie se escape de los disidentes, y comenzarán los escarmientos.

El correo se sintió con apoplejia.

Don Serafin continuaba con más entusiasmo:

—Es de alta política, como dice el señor de Fajardo, extirpar á todos los liberales, esas ideas corruptuosas inculcadas en el cerebro del pueblo, extravían su opinión y nos llevan á ese abismo de la revolución francesa.

—Nosotras, repuso Clara, no entendemos nada de política usted, ve que es ridícula una mujer entrega de á todo aquello que es ajeno de su sexo.

—Usted perdone, yo opino de distinta manera: á mí me agrada mucho una madama Stael, así como la autora de la Cabaña del Tío Tomás.

—Pues yo abomino á las literatas, dijo Clara con acritud, y sobre todo, á esas personas que tienen culto por todo el

extranjero Yo he nacido en México, y cualesquiera de mis paisanos me parece superior, verbi-gracia, á todos los franceses.

—Usted compromete á esta familia, repuso asustado Don Serafin; si esas frases fueren oídas, si se supiera que aquí existía una persona enemiga ó al menos desafecta, podría haber una desgracia.

El correo sudaba en sangre.

—Es usted asustadizo, dijo Clara, no tema usted nada, mi voz es demasiado débil, y además, las palabras de una dama no ofenden á nadie.

—Es verdad; pero... ..

—Sigo atrozmente mala, dijo Luz.

—Ah señorita, si yo pudiera proporcionarle algún alivio, lo haría de buena gana.

—Puede usted, dijo Clara.

—Indíqueme usted el medio, repuso el mozalvete.

—Guardaudo un profundo silencio ó.....

—O ausentándome, comprendo perfectamente, y lo voy á hacer con permiso de ustedes.

V.

—¿Dónde va usted, niño? dijo Doña Canuta entrando en el gabinete.

—La señorita Luz está enferma y necesita silencio.

—Ese es un equívoco, gritó Doña Canuta, lo que necesita es distracción, la neuralgia que se le indica y desarrolla, se contiene con divagaciones, tertulias, música y cuanto pueda obrar una reacción completa en el ánimo.

—Sentémonos Serafin, y hablemos un momento, necesito hacerle una consulta.

El correo se sentía desfallecer.

—Se trata, prosiguió la señora Fajardo, de la combinación de un traje, se trata de los símbolos, usted sabe que es mi fuerte.

—¿Qué idea piensa usted simbolizar?

—La entrada del ejército, replicó con petulancia Doña Canuta.

—La entrada.....la entrada, repitió absorto D. Serapio, pues la entrada puede simbolizarse de varias maneras.

—Veamos, dijo la de Fajardo.

—Pues, como el ejército debe entrar por la puerta de la ciudad, póngase usted un adorno de fachada en la enagua del vestido.

—Ese fué mi primer pensamiento.

—Puede usted, continuó D. Serafin, rodear la enagua de arcos triunfales de blonda.

—Sí, y unos disquitos de abalorio, dijo Clara sin poder contener la risa.

—Señorita, usted no tiene gusto por los símbolos.

—Adelante y dejemos las bromas, que es un asunto serio, replicó Doña Canuta.

—Hablemos de los colores, sobre este punto creo que estamos de acuerdo.

—La enagua debe llevar tres olanes con los colores de la bandera francesa, y el peinado una pluma azul que represente la paz.

—Bien, eso llena completamente mis deseos; añadiré al tocado la borla que he quitado al espadín de mi esposo, ese es el símbolo de la gloria militar.

Doña Canuta, sin conocerlo, aceptaba el traje de los monos del circo.

—Mi esposo irá vestido de diplomático, y estoy segura de llamar la atención.

—Sí que la llamarán, respondió formalmente Clara.

—La infeliz hija de aquel fenómeno estaba abochornada al oír á Doña Canuta, y llena de angustia al considerar que un movimiento de aquel hombre, que permanecía oculto tras la cortina, podía traer un mal momento.

La hora de la desgracia había sonado.

El señor de Fajardo se presentó en el retrete armado con el espadín.

—Acabo, dijo, de ordenar el servicio; he colocado centinelas en la azotea; la casa del perro la he improvisado en garitón, y la finca queda guardada perfectamente; las llaves las tiene un oficial de guardia.

El correo tenía tifo.

Clara y Luz se dieron una mirada de inteligencia.

La diplomacia y la extrategia reunidas son el ariete más formidable.

—Cuando he aceptado el empleo de coronel de mi casa, necesito sujetar á todos á las rigurosas prácticas de la ordenanza. Dentro de diez minutos toco á silencio, y todo el mundo á dormir.

—A la recamarera la he arrestado en la cocina por insubordinada; es necesario tener mucha energía.

—¿Hay algunos temores de desórden? preguntó con aire candoroso la picante Clara.

—Señorita, dijo el de Fajardo, usted olvida que la ciudad está acéfala y que mientras los franceses no la ocupen, estamos verdaderamente amagados. La guardia de mercachifles no me presta garantía; son hombres que huyen al primer tiro,

y por eso me he proporcionado seis oficiales de los más valientes para custodiar toda la manzana. El enemigo me dará tiempo para organizar la defensa, mientras abre sus paralelas yo armaré al vecindario; la plaza ha quedado de enviarme armamento.

El señor de Fajardo se soñaba un general, creía poder alegar nuevos méritos ante los franceses y obtener buen éxito en sus negocios,

Los oficiales que lo acompañaban se habían puesto de acuerdo para explotar al diplomático.

La papeleta del sueldo había sido satisfecha con tres días de haber, además, la comida era por cuenta de Fajardo.

El teniente Manuel Estrada, que así se llamaba el gangoso, estaba en sus glorias.

Estableció el cuerpo de guardia en el cuarto del portero, y se echó á roncar á pierna suelta, después de haber puesto un centinela en la perrera y otro en el corredor.

Las diez daba en aquel momento el reloj de la Catedral.

El centinela de la azotea gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡centinela, alerta! cuyo grito fué repetido por el guardia del corredor.

—¡Dios mio! dijo Luz, ¿qué es ésto?

El diplomático se frotó las manos.

—He aquí, dijo, el fruto de una buena organización.

Doña Canuta se pavoneó con orgullo, se le figuraba que estaba en las Tullerías.

—Usted, dijo Fajardo, dirigiéndose á Don Serafin, está de imaginaria, y velará toda la noche.

—He puesto á mis criados de retén en la caballeriza: el teniente Estrada le dará á usted mis órdenes.

—Vaya usted, Don Serafin, á la caballeriza, dijo Clara, visite usted el retén y suba á la azotea á pasar revista al centinela de la perrera.

VI.

El jefe de día que pasaba por la calle, le llamó la atención los gritos de los centinelas, consultó la orden del día, y vió que por allí no existía cuartel alguno.

Mandó detener la escolta y esperó un cuarto de hora.

Efectivamente, los centinelas dieron el alerta.

El jefe llamó á la puerta con toqui los descompasados.

El teniente Estrada se levantó de mal humor y abrió

—Buenas noches, señores, dijo el jefe, me parece que he oído dar en esta casa el "alerta" dígame si hay aquí algún retén.

— Suba usted, respondió el gangoso, el Sr. de Fajardo es el jefe del punto.

El diplomático acudió al ruido y se encontró con la autoridad militar.

— ¿Usted es el jefe?

— Sí, caballero, el jefe de mi casa, respondió apresuradamente Fajardo, he colocado centinelas por lo que pudiera ocurrir; usted ve que estamos en crisis, estoy salvando la situación de la manzana núm. 598 de la ciudad.

— ¿Tiene usted autorización?

— No la necesito para salvar á mi patria, respondió con énfasis el diplomático.

— Tiene usted razón, replicó el jefe, bien puede organizar en su casa cuando le diere la gana, pero como esas voces de ordenanza están reservadas sólo á los soldados de la guarnición, usted me hará favor de imponer silencio á sus guardias para evitar una equivocación.

— Eso es un ataque.

— No es una prevención, dijo con sonrisa el jefe. El ejército que es á sus órdenes, añadió el jefe, tendrá la complacencia de permanecer en silencio, porque de otra manera, de soldados domésticos, los puedo volver públicos.

— Yo dirigiré al comandante general una nota en que me queje de este abuso de autoridad.

El jefe, que comprendió, al ver la figura de Fajardo, que era todo un majadero, llevando la broma adelante, le dijo.

— Espero que usted no dirigirá esa nota que me perjudicaría en extremo, si yo hubiera sabido quién era usted todo estaba cortado, usted perdona, no había reparado en el espadín.

— Ya lo decía, dijo el diplomático, todo ha sido una equivocación; suba usted y tomará una botella de champaña.

El jefe subió la escalera, atravesó el corredor, y entraron al fin en una antesala donde Fajardo hizo traer una colación refrigerante y el soberbio champaña.

— Usted es, dijo el jefe después de apurar una copa, hombre que ha nacido para la milicia, un genio, está usted en los menores detalles de la ordenanza, es usted el genio de la combinación.

— Sí, precisamente esa es mi palabra favorita, ¡la combinación! usted ha dado en el ítem, ¡la combinación! cuando yo decía que el hombre revela á primera vista lo que es.

— En el acto, en el momento, replicó magistralmente el jefe, á usted lo he conocido al ponerle encima la vista.

— Voy á llamar á mi esposa, para presentarla á usted, quiero que lo conozca, usted es una persona muy amable.

— Sí, que venga mi coronel, deseo ponerme á sus órdenes.

Llegaban en esto de la conversación, cuando oyeros unos gritos descompasados, pidiendo socorro.

El diplomático se desvió involuntariamente el espadín y lo arrojó temblando bajo el confidente.

— Acuda usted, señor, acuda, decía temblando, algo de extraordinario pasa, Canuta y Don Serafín gritan con desesperación.

Veamos lo que amotivaba este escándalo.

VII.

A los toquidos que el jefe había dado á la puerta, Fajardo se había levantado y Doña Canuta seguía charlando sobre el mismo tema de los símbolos.

Contrariada por el silencio de Luz, se había acercado á su desgraciada hija, la había pulsado, reconocido si tenía des-templanza, y había acabado por recetarle aire; le hacía falta un renovamiento de atmósfera.

Entonces se dirigió á la ventana, sin que pudieran evitarlo las dos jóvenes, y abriendo las cortinas tropezó con Estanislao Luna, que la sintió acercarse como una serpiente boa.

— ¡Ay! gritó Doña Canuta, un hombre! un ladrón!

Don Serafín se caló los lentes, y al percibir la figura del soldado le acometió un vahido y se desplomó en el sillón.

— No soy ladrón, dijo temblando Estanislao, soy un mozo de.....

— ¡Ladrones! ¡ladrones! gritaba incesantemente la señora de Fajardo.

Don Serafín volvió de su desmayo y comenzó con su voz aflautada á pedir socorro.

Luz y Clara estaban temblando.

El jefe se dirigió al gabinete; Doña Canuta se arrojó á él y le dijo:

— Caballero, ese hombre se ha entrado furtivamente en mi casa.

— ¡Hola! dijo Fajardo, teniendo por trinchera al militar, conque se ha colado ese miserable sin que nos hayamos apercibido?

Los oficiales entraron también á la habitación de Luz, menos el teniente Estrada, que se detuvo tomándose el vino y los pasteles que Fajardo y el jefe habían abandonado.

Estanislao Luna no supo qué responder, se procedió á registrarle y se le encontró una carta que el jefe leyó en voz alta:

“Te envío el más fiel de mis soldados; él pondrá en tus manos estos renglones.”

— ¡Un disidente! gritó Doña Canuta.

—¡Un correo del enemigo! exclamó el de Fajardo.

—¡Ah! dijo Don Serafín, es un espía juarista, usted debe de arrestarle, acaso traerá otra correspondencia.

El jefe entregó á sus soldados al infeliz Estanislao, y dió las buenas noches.

—¡Ya va un reo! dijo el diplomático, la noche pinta mal; y se retiró tranquilo á entregarse al sueño.

Doña Canuta comprendió perfectamente el negocio; pero nada quiso decir á su hija, á quien veía profundamente afectada.

A los dos días de este acontecimiento el asistente del coronel Eduardo Fernández, acusado de traer correspondencia del enemigo, recibía doscientos azotes en el patio de la casa del coronel De Potier.

CAPÍTULO VI.

EFFECTOS DE UNA CARAMBOLA.

I

El capitán Martínez había perdido dos partidos de quinientas rayas.

Los contrarios se manifestaron ufanos de su victoria, sin saber la clase de pájaro que era el guerrillero, ni los recursos con que contaba en los lances apurados.

—Triplico la apuesta, gritó el capitán, juguemos el último partido á la carambola.

Luego que dijo estas palabras, un relámpago cruzó por su mirada; algo había inventado para vencer al enemigo.

Los contrarios que habían llevado sobre Martínez una ventaja decidida, apostaron cuanto quisieron sus antagonistas, y el duelo continuó la carambola.

Ajustadas las apuestas tiró Pedro el Corredor, que en la nueva combinación era compañero de Martínez, el primer golpe figiendo errarlo.

Entonces Martínez tendió el taco sobre la mesa, y sacando un puño de onzas dijo: ¡doble á sencillo á que ganamos!

La codicia se desarrolló en todos los que creían en aun ganancia segura y volvieron á atravesarse cien apuestas.

Tiró el contrario y comenzó por un *chis*, que lo puso fuera de moral.

Tocó su turno al capitán, despojóse de la chaqueta, arrojó el sombrero, dispuso su taco y tiró la primera carambola, que era una de las más difíciles, según dijeron los conocedores y peritos en el billar.

Un aplauso resonó en toda la sala.

—¡Cognac! gritó el capitán, que mis contrarios pagan! Volvióse aquello un campo de Agramante.

Gritos, apuestas por cada lance disputas, bromas, discusiones, fanfarronadas.

Martínez era un hombre muy hábil en la materia. El guerrillero tenía un cálculo admirable en las paripecias del juego.

—*Ochenta tantos por nada, dijo el coine.*

Martínez había tirado con éxito ochenta golpes.

El contrario, trémulo de emoción y azuzado por los que tenían apuestas en su favor, no ataba ni desataba; quiso picar la bola demasiado baja para dar un efecto y con el taco hizo un rasgón de á cuarta á la mesa.

—Así me hicieron los franchutes en la cara, dijo riendo el capitán Martínez.

Pedro el Corredor tomó el taco: entonces toda aquella concurrencia presenció un espectáculo magnífico.

No había un golpe al acaso, todo era calculado.

Increíble parece que la física y las matemáticas entren en las combinaciones todas de ese juego.

La elasticidad de la baranda, el efecto según el punto donde es tocada la bola, la mayor ó menor fuerza de impulsión ó de repulsión, los retrueques, la tabla, todos los recursos de esa hábil invención fueron tocados por el diestro jugador.

El partido estaba ganado.

Todo lo que los contrarios habían adelantado en los otros juegos, lo perdieron en la partida de carambola.

Mil aplausos de entusiasmo poblaron aquella atmósfera, hasta los mismos derrotados declararon la victoria de buena ley.

—Falta la carambola, dijo en voz baja Martínez á Felipe. Voy á que dispongan el *negocio*.

El capitán se escurrió entre la multitud, después de haberle arrojado al coime una onza de oro sobre la mesa.

Siguieron algunos partidos, pero no de la fuerza del que con tanta habilidad acababa de disputarse.

